
30
La novela
MUNDIAL
LA FAMILIA GOMA
W. FERNANDEZ FL
Lectulandia

Una de las primeras obras de Wenceslao Fernández Flórez, publicada en *La novela mundial* en 1914.

Lectulandia

Wenceslao Fernández Flórez

La familia Gomar

ePub r1.0
Titivillus 14.11.15

Wenceslao Fernández Flórez, 1914

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

I

Una vez era un hombre tan pobre, que no poseía más bienes de fortuna que un diente de oro que le habían puesto en su primera juventud. Se llamaba este hombre Virgilio Gomar, y sus servicios cerca de don Jacobo de Olano, el abogado y rentista, fluctuaban entre los de un secretario, los de un ayuda de cámara y los de un caballo de alquiler. Virgilio despachaba la correspondencia del prócer, le desnudaba y le vestía, y empujaba el carrito charolado en el que don Jacobo —tullido desde su mocedad— paseaba por la corte.

Las gentes no se han detenido nunca a desentrañar la psicología de estos hombres que empujan carritos donde suelen ir señores muy serios o señoras muy gordas. Tampoco tenemos noticias de ninguna novela en la que el protagonista sea un pobre diablo que empuje un carrito. Esto nos ha parecido siempre extraordinario, y no alcanzamos a comprender por qué los novelistas prefieren, para urdir los capítulos, el capitán de Húsares, mucho menos interesante y, desde luego, terriblemente vulgarizado.

En verdad, no podemos decir que el sujeto que hacía rodar el cochecito de don Jacobo fuese un personaje singular. Era tan sólo un hombre triste, con esa tristeza reflexiva y llena de renunciamiento de los caballos de coches de punto. Vestía de negro; si sonreía alguna vez, era por un perdonable prurito vanidoso de lucir su diente, y hasta tal punto estaba pálido y delgado, que su oscura corbata de lazo sugería la idea de un pequeño vampiro que, abrazado a su cuello, con las alas abiertas, le chupaba implacablemente la sangre.

En pocas ocasiones se le oía hablar. Un día, sin embargo, después de un prolongado silencio (estaba sentado cerca del coche de su amo, en un pinar de la Moncloa), pronunció una frase inquietante. Dijo con voz resuelta:

—Esto no puede seguir así.

Don Jacobo indagó, un poco admirado:

—¿Qué es lo que no puede seguir así, Virgilio?

El servidor respondió, sin alzar la mirada del suelo:

—Mi misma vida, don Jacobo. Tengo veintiocho años y ni un céntimo ahorrado. No soy nada, no hago nada útil, y mi existencia es una carga molesta y sin finalidad.

El rostro del señor Olano reveló una aflicción profunda:

—¡Dios mío, Virgilio, temo mucho que seas castigado por esos pensamientos de soberbia! Me parece que debieras arrepentirte en seguida. Tú eres feliz. ¿Qué preocupaciones tienes? Yo te doy de comer, yo te visto, en mi casa duermes. ¿Qué más necesitas? Créeme, Virgilio, te he envidiado más de una vez.

El señor Olano dio un gran suspiro.

—Pero yo no gano más que treinta pesetas mensuales.

Don Jacobo intentó reír:

—Treinta pesetas, claro. Y te sobra dinero. Porque, ¿qué necesidades tienes tú? Aquí todo es cuestión de necesidades. ¿Tienes alguna? No. Luego con esos duros eres más rico que yo. Te lo juro, Virgilio. ¡Ah —gimió—, yo estoy lleno de necesidades!

Virgilio movió la cabeza obstinadamente:

—Preciso más dinero, don Jacobo; preciso veinte duros al mes.

—¡Veinte duros! —don Jacobo miró alrededor con medrosa mirada—. Virgilio, espero que no se te haya ocurrido la idea de atentar contra mí. Nunca creí que te atrevieses a pedirme aumento de sueldo en un pinar. Este sitio no me gusta nada. Salgamos al camino.

—Deseo que me conteste usted.

—¡Que te conteste, que te conteste!… ¿Qué te voy a decir? Bien sabes que haré por ti cuanto esté en mi mano. Por ti y por todos mis dependientes. Puedo decir, sin jactancia, que soy un amo modelo. Tú no ignoras que pago pensiones de viudedad a las esposas de dos empleados míos, y que a aquel que muere estando a mi servicio le sufrago el entierro. El que hace esto no es, por cierto, ningún tirano.

Virgilio abrió los brazos en ademán de desesperación:

—Todo eso es verdad; pero yo quiero decirle a usted algo que me preocupa hace tiempo. Yo tengo tres ataúdes: uno, el que usted me ofrece; otro, el que me dará la Sociedad Mutual Caritativa, en la que estoy inscrito; otro, el que me proporcionará la Junta de Señoras de La Muerte Cristiana, a la que usted me afilió. Alguna de estas entidades me promete también socorros para mi posible viuda. Todos son beneficios póstumos; todo viene a decirme: «Vive tranquilo, en la seguridad de que cuando mueras las cosas marcharán bien». Esto parece querer indicar que la preocupación más extendida entre las gentes es asegurar el ataúd. Yo tendré tres. Hay quien consigue asegurar seis o siete, todos gratuitos. A mí me sobran dos… Perdone usted si le digo que tampoco me importa no tener ninguno. Prefiero algo práctico mientras viva, recursos que me permitan alejar el momento en que los tres agentes de funerarias, cargados con los tres ataúdes, se disputen el encerrarme en uno. En cuanto a las pensiones, yo no tengo mujer ni hijos…

El señor Olano, después de un silencio meditativo, habló gravemente:

—En tus últimas palabras está la explicación de tu mala ventura, Virgilio. Muchas veces he querido decírtelo… Me parece que no eres un buen ciudadano, y esto me aflige profundamente. La otra tarde pasó ante nosotros la compañía que iba a relevar a Palacio, y no te descubriste ante la bandera. Debo franquearte mi corazón: me pareció una monstruosidad.

—Iba empujando el coche, don Jacobo, y había muchos baches en la calle.

—Ésa es otra cosa. Hay que tener un gran cuidado con los baches. Siempre te lo he advertido. Pero no habiendo baches debes saludar a la bandera. Un hombre que no se emociona ante la bandera es una mala persona. Todos los periódicos lo dicen. Pero yo quería hablarte de otro asunto. Creo que eres un mal ciudadano, Virgilio; tu vida es de un egoísmo desconsolador. No eres útil al Estado. El Estado vela por ti, trabaja

por mejorar las condiciones de tu existencia, te ampara, te atiende… ¿No se te ha ocurrido pensar alguna vez con desesperación en que tú no haces nada en favor del Estado?

—¿Y qué le puedo yo dar a ese Estado?

—Hijos.

—¿Hijos? —repitió, estupefacto, el hombre.

—Naturalmente. El Estado necesita más de nuestros hijos que de nuestro dinero. Si no, ¿cómo formaría sus ejércitos, sus legiones de funcionarios, sus magistrados, sus recaudadores de impuestos, sus guardias de Seguridad? El que da un hijo a su nación la vigoriza y la enriquece. Tú sabes, Virgilio, que mis amigos me acusan de manía casamentera; pero no es una manía: es una opinión. Ejerzo a veces esta propaganda como otros laboran en favor de doctrinas sociales o políticas. Sirvo así a mi país. Mi mayor pena es que mis condiciones físicas me impidan predicar con el ejemplo. Un tullido no debe casarse. Pero tú no eres un tullido. Hace poco te jactabas de no necesitar auxilio para una mujer y unos hijos que no tienes. Estás amargado y entristecido. Si te casases, tu vida cambiaría radicalmente, y yo mismo prestaría a tus reclamaciones muy distinta atención. Un padre de familia tiene derecho a pedir… ¿Por qué no te casas?

—¡Caramba!… Yo no digo que no… Algún día acaso…

—No; algún día, no; muy pronto. Estás en la edad crítica.

—Bien; pero… casarme así, por un cálculo de deber ciudadano…

—Virgilio, he conocido muchas personas que fueron al matrimonio por razones bastante menos elevadas. Unos se han casado porque su mujer tenía los ojos grandes, lo cual, bien considerado, no deja de ser una trivialidad; otros, porque tropezaron un día con una muchacha que hablaba con acento andaluz, y, la mayor parte, por no vivir en casas de huéspedes. El día en que desaparezcan las casas de huéspedes el matrimonio sufrirá un rudo quebranto. Por fortuna, eso no ocurrirá tan pronto. Pero dime: ¿no es más serio, más digno para un hombre razonable, casarse pensando en sus deberes de patriota que por el cómico deseo de besar en la nuca a una mujer?

—Así será, cuando usted lo dice, don Jacobo. Yo no me atrevo a argüirle a usted, que es hombre de estudios, y que, por lo mismo que no puede andar zangoloteando por el mundo, ha tenido tiempo para reflexionar. Pero así Dios me ampare como todo lo que yo conozco de la familia, si es familia de pobres, es bastante para temer formarla. En mi casa éramos muchos hermanos, y a más de uno se lo llevó la muerte y a ninguno de indigestión. Y bien sé yo lo que lloraba mi madre y lo que debía mi padre. Le aseguro a usted que no puede decirse que aquel cuadro fuese muy alegre, ni que la sociedad haya premiado de algún modo el esfuerzo que mis progenitores le prestaron. Cuando me asaltan los recuerdos de mi niñez estoy más lejos que nunca del matrimonio.

—Porque tú has contemplado ese espectáculo desde el punto de vista de un caracol.

—¿Cómo de un caracol, don Jacobo?

—De un caracol que mirase una playa. Un hombre va a una playa en una mañana de sol, y su espíritu siente la intensa emoción de la belleza. «¡Qué hermoso es esto! —dice—. La arena es polvo de nácar, las conchas brillan con los mil colores de una joya; es como si las deidades del mar hubiesen volcado aquí los cofres de sus tesoros; jamás como en este lugar he advertido la bondadosa alegría de la existencia». Y cae de rodillas para adorar a Dios, que ha hecho el mundo tan bello. Pero, al mismo tiempo que él, desde una roca un caracol contempla la misma playa, ¿Sabes lo que piensa este caracol? Este caracol piensa, con el espíritu conturbado por la pena: «¡Señor! ¡Qué inmenso osario, qué vasto cementerio! ¡Qué espectáculo de desolación y de hecatombe! ¿Cuántos son los hermanos míos que yacen en este rincón espantable? El sol ha calcinado sus pobres cuerpos; por doquiera brillan, rotas y empalidecidas, las envolturas que los protegieron en vida, las valvas pulimentadas, las espirales de nácar que eran su vivienda y su ser. ¿Qué catástrofe gigantesca pudo reunir aquí tantos esqueletos? Parece que el ángel exterminador sació su cólera en todo un pueblo de caracoles. ¡Qué triste hedor a difunto! No estoy bien en este lugar ingrato. Jamás como hoy he visto claramente que no somos nada y que la vida es un bien efímero que no nos produce más que el constante sobresalto de perderla». He aquí, Virgilio, cómo pensarían el hombre y el caracol ante una playa nacarada. Y yo te digo: ¿te atreverías a dar la razón al caracol? No. Tú comprendes que las palabras del hombre son las más sensatas. Es preciso que los caracoles mueran para que las playas sean hermosas, y también para que se puedan fabricar botones de nácar. Ahora tú, al opinar acerca de la familia, has expuesto un criterio de caracol. Es posible que hayas pasado una infancia famélica. Pero esto no constituye una objeción considerable. El estadista, el gobernante, el guía de los pueblos no comparte tu criterio, como el hombre no comparte el criterio del caracol. Si no fuese ya un mandamiento divino, los estados tendrían que promulgar una ley en la que se ordenase: «Creced y multiplicaos». Más que nada, un Estado necesita hombres para ser próspero y feliz. Hombres, muchos hombres que puedan ser soldados, y obreros, y funcionarios, y policías, y comerciantes. Y este beneficio nos alcanza a todos. Si España tuviese cuarenta millones de habitantes, mis tierras me producirían una renta mayor, y acaso te pudiera pagar a ti unas pesetas más de sueldo. Esto es todo lo que debo decirte, Virgilio. Terminemos esta conversación, y sólo cuando hayas decidido constituir familia puedes volver a hablarme de que precisas más dinero. Y ahora…, a casa.

—Un momento. ¿Me daría usted los veinte duros?

—Eres un ambicioso, amigo mío; pero eso no me desagrada. Te daría los veinte duros y apadrinaría a tu primer hijo.

—Es usted un estadista, don Jacobo.

—Soy un patriota —reconoció, modestamente, el anciano.

II

Un día Virgilio, de regreso de un restaurante de las Ventas, atravesó las calles de Madrid llevando casi colgada de su brazo una mujercilla insignificante, que sonreía con beatitud. Detrás de esta pareja caminaba un grupo de muchachas y de muchachos. Después, unos chiquillos de corta edad. Por último, algunas personas maduras. Las muchachas gritaban frecuentemente:

—¡Viva la novia!

Y todo el cortejo bramaba con una algarabía escandalosa:

—¡Viva!

—¡Viva la novia! —rugían después los mozalbetes.

Y el cortejo tornaba a apoyar:

—¡Viva!

Y sin transición, cogidos del brazo, rompían los jóvenes a cantar cualquier cuplé de moda.

La situación de ánimo de Virgilio no era, ciertamente, muy regocijada. Hombre silencioso, apocado, de vida oscura, propenso a la meditación, aquel estrépito le cohibía y avergonzaba y le hacía tener pensamientos que estaban muy lejos de ser los habituales pensamientos de recién casado. Las calles parecían ofrecer otro aspecto, y hasta el rostro de su mujer no era ya el rostro de su novia. La encontró más pequeña y más fea, visiblemente cohibida con el traje nuevo, un poco presuntuoso; y estimó súbitamente de mal gusto que llevase aún puesto un ramo de azahar.

«Porque esto del ramo de azahar es como ir diciendo a las gentes… En fin, yo creo que debiera quitárselo… Ya se supone que…».

Iban andando con cierta lentitud, y al darse cuenta de ello, le pareció que los transeúntes opinarían que se iban exhibiendo. Entonces apuró el paso. Pero en seguida se le ocurrió: «Van a pensar que me la llevo como un zorro a una gallina; que tengo prisa por encerrarnos en casa…».

Y tornó a su anterior compás.

—¡Viva la novia!

¡Buena gaita esto de que viva la novia! Entonces, ¿qué querían decir? ¿A qué venía tanto vítor? ¿Era que la novia había realizado alguna acción denodada al casarse con él? ¿Y por qué cantaban *El gitanillo*?… No. Aquello no tenía seriedad.

Los transeúntes se detenían, sonrientes, para verlos pasar, y a veces formulaban en voz alta sus comentarios. Una mujer muy gorda, con un gran cesto al brazo, los miró atentamente y exclamó:

—¡Jesús!

Después se rió y el cesto saltaba sobre su cadera.

De todo lo que oyó, este «¡Jesús!» fue lo que durante más tiempo molestó a Virgilio. ¿Jesús, qué? Porque aquello no era decir nada. ¿Había querido exclamar: «¡Jesús, qué hombre!» o «¡Jesús, qué mujer!», o «¡Jesús, qué trajes!»…? De repente

se le ocurrió, con una extraña seguridad, que la frase había querido decir: «¡Jesús, qué fachas!». Y esta certeza le puso de tan mal humor, que volvió a apresurar sus pisadas.

Pero en aquel momento una criatura de cuatro años que figuraba en la comitiva gritó:

—¡Viva la *nova*!

Y hubo un estallido general de risas y de asombros.

—¿Quién fue? ¿Quién fue?

—Fue Chinín.

Llamaron a los novios. Se hizo un corro alrededor del pequeñuelo. Seis o siete muchachas, en cuclillas en torno de él, suplicaban:

—Dilo otra vez, dilo otra vez, mi cielo.

El chiquillo, sonriente, con la felicidad del éxito, se puso a chupar el borde del faldellín. Después saboreó un dedo. Luego dio unos brinquitos, y exclamó:

—¡Uh, uh!… *Quero* tranvía.

—No. Di otra vez: «¡Viva la novia!». Anda.

Varias señoras maduras unieron sus ruegos a los de las jóvenes. El crío berreó:

—¡Viva la *nova*!

Todas las mujeres chillaban de regocijo, como si acabasen de presenciar un amable milagro. La madre de aquel ser maravilloso enjugó una lágrima de felicidad. La novia, también con los ojos húmedos, besó con desesperada efusión al pequeñuelo. Después miró con enternecimiento a su marido para decir:

—Pero ¿tú oíste, hombre? ¿No hay para comérselo?

Virgilio, mostrando un asombro preocupado, concedió que, en efecto, sobraban razones para comerse al chiquillo.

La comitiva siguió entre gritos, canciones y chuflas: atravesó varias calles céntricas, y se detuvo, al fin, en una vía silenciosa, ante el domicilio de los recién casados. La novia fue besada y abrazada por las mujeres. Todas lloraban; las que más habían bebido en el banquete lloraban más. El novio pensaba: «Esto es poco serio». Pero estaba conmovido también. Cuando se retiró con aquella mujercita, le temblaba la voz al consolarla:

—¡Vamos, vamos! ¡No llores! ¿Por qué lloras?

Pero él se puso asimismo a llorar, aunque no sabía por qué lloraba.

Durante varios minutos, sentados en un estrecho sofá, vertieron aquellas lágrimas inútiles y se sonaron ruidosamente.

Después, más dueños de sí, miráronse con dulzura. Tenían los ojos y las narices enrojecidos; pero se besaron, como si esos detalles fuesen un encanto más.

III

Cuando tuvieron el séptimo hijo, Susana, la mujer, opinó:

—Esto va cada vez peor, Virgilio.

Virgilio repuso dignamente:

—He aquí el encanto de un matrimonio bien avenido: estaba pensando lo mismo que tú.

—Creo que ya no podremos comer menos.

—Creo que no —asintió el marido.

—Ni vestir peor.

—No nos dejarían los guardias.

—Así no es posible seguir —agregó la mujer—; es necesario reforzar los ingresos. Y se me ha ocurrido una idea, que si tú la aprobases…

—¿Qué idea?

—Podríamos tener dos o tres huéspedes…

—¡Caramba! Es verdad.

Virgilio la consideró con el mismo asombro que si fuese el primer ser humano que inventó ese recurso. Ella inclinó modestamente los ojos. En verdad, todas las mujeres y cada mujer son las inventoras de la casa de huéspedes; y no es que se adapten a lo ya hecho por otras, sino que al nacer traen en germen la iniciativa, y si la ciencia frenológica avanza todo lo que nosotros deseamos, no dejará de hallar la circunvolución que corresponde a esta manía. Se ha estudiado en la mujer el instinto de disimulo, el de la coquetería, el de la maternidad; pero posee también el instinto del hospedaje. Susana explicó su plan. Reduciéndose a las más precisas habitaciones, podían destinar dos alcobas y un gabinete a ser alquilados. Ella cocinaba aceptablemente, y si los huéspedes querían comer en casa, no quedarían descontentos. Podría ponerse un anuncio en los periódicos. Y acaso hubiese en aquello un porvenir… Si el negocio marchaba bien, ¿por qué no abrir una fonda? Una fonda que se llamase, por ejemplo, El Diente de Oro…

—¡Oh, oh! —hizo el esposo—. No nos dejemos alucinar.

Sin embargo, agradeció en el fondo de su corazón aquel agasajo de notoriedad que Susana quería rendir al preciado y útil adorno de su boca. Un diente de oro no es una futesa, y entre todos los porteros del Ministerio donde Virgilio trabajaba desde la muerte de don Jacobo se veía claramente que él no era un portero vulgar.

—Mañana —dijo— publicaremos el anuncio.

Tres días después, una señora gorda, cargada de dijes, alquiló un gabinete con alcoba. En la tarde siguiente, un hombre pequeño y barbudo, de hosco semblante, preguntó imperiosamente en la portería de la casa cuál era el cuarto del señor Gomar. Al oírle, tres chiquillos que jugaban en la acera le cercaron para asegurarle que el señor Gomar era su padre, y que vivía en el segundo izquierda, El hombre dio un gruñido y subió. Otro chiquillo bajaba, cabalgando en el pasamanos, a la velocidad de

un correo. Al llegar al segundo izquierda, el hombre solicitó ver la habitación que se alquilaba; regateó el precio y la aceptó. Cuando se mudaba de ropa sintió una extraña cosquilla en una pierna. Inclinose, y debajo de la cama vio otro chiquillo de unos veinte meses de edad. Lo asió por las ropas, así como se coge un gato por la piel del pescuezo y llamó a Susana.

—¿Es esto de usted? —preguntó ceñudamente.

La madre exclamó:

—Sí. Es Pepito.

—Bien. Pues ahí lo tiene. Hágame el favor de guardarlo en otro lugar.

Por la noche, cenando frente a doña Andrea, la señora del gabinete con alcoba, vio a Julita, la hija mayor de Gomar, servir a la mesa, y a Enrique, el primogénito, regresar de paseo. Cuando Susana apareció a enterarse si la comida había sido de su agrado, el hombre hosco le preguntó:

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Tengo siete.

—¡Así está el mundo! —bramó el hombrecillo, indignado.

Susana y doña Andrea se miraron; pero ninguna osó, atemorizadas, averiguar la congruencia de aquella exclamación.

El hombre hosco hizo, durante su permanencia en la casa, una vida regular: se acostaba temprano, comía en silencio, pagaba puntualmente y saludaba con gruñidos. Nadie le tenía simpatía, aunque a nadie hacía mal. Sólo una vez quebrantó su retraimiento. Fue una noche, a las nueve, después de comer. Saturna, la segunda de las hijas, que había salido con el pequeñín, un crío de dos meses, volvió a su casa sola y llorando. Se había puesto a jugar con unas amigas, y para ello había confiado su hermanito a otra niña de las que estaban allí. Cuando terminó de divertirse, la improvisada niñera había desaparecido con el rorro. Fueron inútiles todas sus pesquisas. Desesperada, al fin resolvió volver a su casa. La madre prorrumpió en agudos gritos, se mesó los cabellos y lanzó toda clase de anatemas contra Saturna, contra sus amigas y contra las familias de sus amigas que toleraban que estuviesen jugando en la calle. Los «¡ay Dios mío!» y los «¿qué va a ser de mí?» llenaron toda la casa. Doña Andrea acudió preguntando si había fuego. Los chiquillos fueron llegando uno a uno, y uno a uno se echaron a llorar. Entonces fue cuando se abrió la puerta y apareció el hombre hosco.

—¿Qué diablo ocurre en esta casa? —inquirió—. ¿Se ha muerto alguien?

Doña Andrea explicó lo sucedido. El hombre hizo un gesto de incomprensión.

—Si no es más que eso, no debe angustiarse esa mujer. ¿Es que su hija era de azúcar o de plata oxidada?

La madre, absorta en sus lamentaciones, no pareció oírle. Él se aproximó:

—¡Eh, señora! Pero ¿qué cree usted? ¿Que alguien se va a quedar con el crío? ¿Para qué? ¿Es comestible? Aunque ofrezca usted dinero encima no se lo aceptarán.

Susana no desistió de su llanto. El hombre encogiose de hombros y volvió a su

alcoba. Dos minutos después Susana sufría un ataque de nervios y lanzaba unos chillidos estridentes. Esto despertó en sus seis hijos una emulación tan exaltada, que nadie podría decir, en verdad, cuál de las siete personas chillaba más. La puerta de la alcoba tornó a abrirse y el huésped, con el sombrero puesto y manoteando, como si estuviese en el último grado de la desesperación, se dirigió a la escalera.

—¡Ayúdeme usted! —suplicó doña Andrea, que, a pesar de su obesidad, se sentía zarandeada por las sacudidas de la enferma.

—Voy a poner término a este escándalo —respondió él, sin detenerse—. Voy a buscar al crío.

—Vosotros —exclamó la gorda mujer, increpando a la llorosa chiquillería—, ¿qué hacéis aquí? Id también a ver si encontráis a vuestro hermano.

Los mayorcitos marcharon, sollozantes aún. Diez minutos después apareció el hombrecillo. Llevaba en sus brazos un bulto, que depositó en el regazo de Susana.

—¡Ea! ¡Ahí está!

—¡Hijo mío! —gritó la excelente señora.

Pero después de mirarle un instante a través de las lágrimas que aún empañaban sus ojos, protestó:

—¡Éste no es mi hijo!

El huésped no reprimió un ademán malhumorado.

—No es su hijo. ¿Qué ha hecho usted? —le preguntó en voz baja doña Andrea.

—¡Qué sé yo si es su hijo! Es enteramente igual a su hijo. ¿Puede usted decirme que no? ¿Conoce usted algún chiquillo de mes y medio que no se parezca a todos los demás chiquillos de cuarenta y cinco días? ¿Qué más da uno que otro? No sé por qué se empeña en decir que no es su hijo.

—Pero ¿dónde lo ha cogido usted? —indagó, alarmada, la mujer gorda.

—En la portería del cuarenta y seis. Comprenda usted que había que poner fin a estos gritos. Pero hagan ustedes lo que quieran. Si el chiquillo no sirve, devuélvanlo. Yo no intervendré más en el asunto.

—Y fue a retirarse. En aquel momento la turba infantil regresaba, victoriosa, con el crío rescatado y la presa del huésped fue devuelta a la portería del cuarenta y seis.

Cuando las personas mayores quedaron solas, el hombrecillo se hizo servir en el comedor una mezcla de café caliente y ron; permaneció algún tiempo chupando su vieja pipa, y, sin preámbulo alguno, dijo:

—Lo ocurrido esta noche me ha recordado los tiempos de mi niñez; y por si a ustedes puede servirles de enseñanza, sería de mi gusto hablar un poco de ellos. Como esa infeliz Saturna, su hija, anduve yo. Mis padres eran tan pobres como prolíficos. Fuimos nueve hermanos, yo el primogénito, y puedo decir lo que es una infancia triste. Una infancia triste, señoras mías, equivale a toda una vida triste. Cuando en esa edad entra la amargura en el alma, ya no sale nunca. Creo que yo he podido tener un espíritu alegre, como el de cualquier otro chiquillo, porque me gustaba jugar y hacer diabluras; pero esto me fue siempre vedado. Yo he sido hasta

los catorce años el guardián, el niñero de mis hermanos. Desde la mañana hasta la noche los paseaba, los dormía, los acunaba, los sacudía violentamente, como mandan los cánones, cuando se echaban a llorar… No conocí los juegos ni las horas libres; no tuve amigos; fui a la escuela con irregularidad y muy poco tiempo. Yo era un niño agobiado por otros niños parásitos. Ustedes recordarán el cuento de Simbad el Marino, de *Las mil y una noches*. En una de las islas donde le arroja su desventura encuentra un infeliz anciano, cuyo aspecto mueve a piedad. El anciano suplica a Simbad que lo lleve sobre sus hombros un corto trecho, y Simbad, compadecido, accede. Y el viejo cabalgó sobre el marino día y noche durante varios meses sin abandonar sus doloridas espaldas. Aquellos ocho chiquillos que, año tras año, paseé, cuidé y sostuve, anularon, impidieron en mí los goces de la infancia. Y tampoco fui más feliz en la juventud, porque mis padres murieron en edad temprana, y yo tuve que seguir cuidando a la turba numerosa con más graves cuidados. Hoy andan todos por su propio pie por el mundo y no creo que se acuerden mucho de mí. De cualquier modo, como yo no aprendí a reír de niño, ahora tampoco sé reír, y hasta más de una vez pienso que mi tipo es desmedrado porque no me dejó crecer aquella carga que llevé siempre encima.

—Cuando los padres no tenemos dinero… —suspiró Virgilio.

—¡Diablo! —juró el huésped, batiendo la mesa con la taza vacía—. Pues ahí es donde yo quería llegar. Cuando los padres no tienen dinero no deben ser padres, o deben serlo moderadamente. Esto es lo que me gustaría que se hiciese observar, para que se evitasen muchos males. ¿Qué se hace con el individuo que gasta más de lo que tiene? Cuando la sociedad se entera de que Fulanito, que apenas puede vivir al día, hace ostentación de lujo, se indigna contra él, murmura a sus espaldas, y, en cambio, se elogia y se considera al *padre de familia*, aunque la haya creado sin contar con los necesarios recursos. Pues este lujo de los hijos es el peor de todos los lujos y el más dañino para la sociedad. Un hijo ineducado por la falta de dinero de los padres puede ser un serio peligro, un elemento de desorden dentro de la vida común. Cada padre no debiera tener más descendencia que aquella que pudiese ofrecer a la Humanidad en condiciones de ser útil, y dentro de la ley del progreso, el ideal es que el hijo supere en cultura o, más abstractamente, en condiciones de utilidad, a sus padres. Porque no creo que la finalidad que se persiga sea precisamente convertir el mundo en un hormiguero, sino el logro de un mayor bienestar general. Esto es de una vulgarísima evidencia.

—Pero el Estado…, las necesidades del Estado… —insinuó Virgilio.

—El Estado, ¿qué? —gruñó el otro.

—Perdone usted que le diga que ahora piensa como un caracol. Puedo contarle a usted un bonito cuento que oí de labios de un hombre verdaderamente ilustre, aunque lo cierto es que ya no lo recuerdo tal y como él lo refería. Mas, en cualquier caso, la digna tristeza de un padre de familia que carece del dinero preciso para los suyos merece consideraciones y apoyo, nunca reprimendas.

—Pero ese hombre —saltó el huésped— tuvo esos hijos por un acto libérrimo de su voluntad.

Se puso en pie, más ceñudo que nunca.

—Hemos hablado demasiado; no obstante, me gustaría preguntarle a usted si cree que es más triste ese trance que el trance de un hombre que no pudo nunca conocer un cariño, ni la dulzura de un hogar, ni la solicitud de otra vida ligada a la suya, porque la suerte le volvió siempre la espalda, y en los diálogos entre su corazón y su bolsillo, el sentimentalismo salía siempre derrotado y sin esperanzas. Usted va a decirme que este hombre es un egoísta. Muy bien. Y si se lanza locamente a unirse a otro ser y a crear una familia y a torturar a todos con una vida de privaciones es un filántropo, ¿verdad?… Yo estuve también enamorado, y creo que me quiso una mujer. Entonces tenía juventud, y la vida aún podía ofrecerme compensaciones por los años malos. Pero no era posible que yo abandonase aquella turba de chiquillos en medio del arroyo. Le dije a mi novia: «Hay que esperar». «¿Cuánto hay que esperar?». «Unos años». Naturalmente, ella se marchó. Hizo bien. No tenía por qué ligar su destino a otro destino fatigoso. Yo mismo le dije «Creo que te conviene abandonarme». Pero cuando se han pronunciado estas palabras no queda mucha alegría dentro de uno.

—Si esa mujer le quisiera a usted —opinó Susana—, le esperaría.

—La verdad es que todo esto no importa a nadie —eludió el hombre, recogiendo la pipa, que había dejado enfriar sobre la mesa—, y por mí pueden ustedes dedicarse a poblar todos los hospicios de España. Buenas noches.

Y sin esperar respuesta a sus frases, empujó la puerta de su alcoba y entró.

IV

A la noche siguiente, al terminar de comer doña Andrea, sonrojándose con esa facilidad que caracteriza a las señoras gordas, dijo a su compañero de pensión:

—Si usted no piensa salir esta noche, le agradecería que me permitiese contarle una historia que puede ser la respuesta a su historia de ayer.

El hombrecillo declaró, con sus modos habituales, que no pensaba salir, y que le era igual oír a doña Andrea que leer el periódico en su cuarto, con tal que el café estuviese bien caliente y no se hubieran olvidado de traer el ron. Apresurose Susana a acostar a sus hijos, y cuando, como la víspera, quedaron los cuatro solos en el comedor, doña Andrea comenzó su relato diciendo:

—Mi familia es muy conocida en Asturias, y antes que ciertos reveses hubiesen mermado nuestra fortuna, casi hasta agotarla, hemos vivido en una envidiable comodidad. Nuestra casa estaba en el campo, donde mi padre gustaba de pasar largas temporadas, y a nuestra casa vino mi prima Octavia cuando se quedó huérfana y sin protección. Mi prima Octavia era de una belleza que yo no sabría describir, porque nada hay más difícil que trazar con palabras el retrato de una persona, y aun después de enumerar todos sus rasgos y perfecciones, no se logra que los oyentes formen en su mente una imagen parecida. Aunque yo diga que tenía unos grandes ojos negros y el mejor talle del Principado, no podrían saber ustedes cómo miraban aquellos ojos ni qué elegancia había en los movimientos de aquel talle. En fin: era una preciosa criatura, y que cada cual la suponga como mejor le agrade.

Mi prima Octavia no era rica; apenas poseía, cerca de nuestra casa, otra mucho menos confortable y unos ferrados de tierra alrededor. Pero cualquier millonario se hubiese considerado dichoso si Octavia accediese a compartir con él su fortuna. Sobre ser guapa, era alegre y decidora. Hija única, sus padres se habían esmerado en educarla, y puedo asegurar que entre nosotros fue una hermana más y que la queríamos como si tal fuese.

Tuvo muchos galanes; pero a ninguno dio grandes esperanzas, acaso por no perder demasiado pronto su libertad, o acaso —y esto es lo que yo he creído siempre — porque en la ciudad donde había vivido con sus padres había dejado algo más que amistades. La verdad es que rechazó partidos ventajosos, disculpándose con su mocedad, y, entre ellos, el de un indiano, hombre retraído y violento, para el que ya iba mediada la segunda juventud, y que hacía objeto a Octavia de una persecución incesante.

Octavia salía frecuentemente sola a pasear a caballo. No la acompañábamos, porque ninguna de nosotras practicábamos ese deporte, y mi padre aseguraba tener ya los huesos demasiado duros para trotar por los vericuetos detrás de su sobrina. Pero ningún peligro veíamos en tales paseos. En toda la comarca no había un solo aldeano que no respetase nuestro nombre, ni un solo señor que no se preciase de nuestra amistad. Y a Octavia, en efecto, no le ocurrió nunca nada. No le ocurrió nada hasta un

día en que la hora del anochecer, que solía ser la de su regreso, trascurrió sin que volviese, y después las dos primeras horas de la noche. Habían salido a buscarla algunos criados cuando ella apareció. Pasó ante nosotras sin hacer caso de nuestras exclamaciones ni de nuestras preguntas. Tengo la seguridad de que no nos veía ni nos oía, y jamás he vuelto a contemplar en mi vida un rostro donde la angustia y el horror se leyesen más claramente. Llego a pie y destocada, y, sin pasar por su habitación, se dirigió al despacho de mi padre y se encerró en él. Veinte minutos después salió mi padre, mando ensillar su caballo y se marchó. Nadie cenó en casa aquella noche, preocupados por todas las imaginaciones a que daba lugar el misterio. Octavia permaneció en un sillón, junto a la chimenea, apoyada la cabeza en las manos, en un silencio y una soledad que todos respetábamos, porque nos imponía su actitud. Cerca de las once volvió mi padre. Cuando apareció en la puerta, Octavia se puso bruscamente en pie, con los grandes ojos incendiados y un sacudimiento de afán en todo su cuerpo. «¿Le ha matado usted ya?», pregunto con una voz extraña. Mi padre contesto: «ha huido».

Dos meses después, abandonábamos la aldea para no volver. Con nosotros no iba Octavia. Había llevado algunos muebles a la casita que heredara de sus padres, y quedaba allí con una criada. Mis hermanas y yo tardamos en saber lo ocurrido, que ustedes habrán adivinado ya. El indiano había sorprendido en una vereda de la montaña a mi prima y la había sacrificado cobardemente a su deseo. Después hizo imposible la venganza con su fuga. Mis padres se movieron a piedad por la injusta suerte de su sobrina; pero cuando ésta advirtió, horrorizada, los primeros síntomas del embarazo y lo confesó, mi padre se opuso a que siguiese en nuestra compañía. Era un hombre al que cegaba la preocupación del honor. A las súplicas de mi madre opuso la conveniencia de velar por nuestra reputación y de evitar que aquella mancha involuntaria viniese a disminuir la consideración que nosotras merecíamos al mundo. Y Octavia fue abandonada en la aldea, callado rincón donde su infortunio no se rozaría tantas veces como en una ciudad con la afrenta.

Octavia tuvo un hijo. Yo creo que el amor maternal no endulzó sus amarguras en los primeros años. Ella no vivía más que para odiar. Si el odio se viese y a ella pudieran abrirle el corazón, no se encontraría más que odio, un odio que salía por las arterias a cada pulsación, y volvía por las venas, después de saturarla y regarla a toda ella, manchando todos sus pensamientos; un odio espeso y corrompido como un agua largo tiempo estancada; un odio tan grande contra aquel hombre que la había perdido, que nada que su odio no fuese tenía para ella sentido en el mundo. Y como las pasiones violentas imprimen carácter en el exterior de las gentes, ella dejó de ser la que había sido y se convirtió en otra Octavia distinta. Fue descendiendo rápidamente en su propio cuidado; dejó de acicalarse, abandonó sus refinadas costumbres; a los pocos años vestía como las mujeres de la aldea, y, fuese por ocupar su actividad, fuese porque su situación económica era precaria, intervenía cada vez más frecuentemente en la labor de sus tierras. Encallecieron sus manos; desapareció su

belleza. Y su odio crecía cada mes, cada día, cada minuto…

Transcurrieron diez años, y el miserable violador murió en otra provincia. Quiso ser enterrado en el lugar donde había nacido, y, según la costumbre campesina, fue sepultado en el atrio de la iglesia de nuestra aldea. Octavia asistió al entierro. Cuando el ataúd era descendido a la fosa, la voz de aquella mujer gritó, temblorosa de aborrecimiento: «¡Si el ruido del infierno te deja oír, óyeme, cobarde! ¡Te maldigo como ya te habrá maldecido Dios; y, aunque Dios te haya perdonado, te maldigo! ¡Has manchado para siempre con el pus de tu lujuria la felicidad de mi vida; mataste mi juventud; no podré tener vejez tranquila ni momento en que no sienta mi miseria! ¡Hubiese perdonado mejor al leproso que me contagiase su lepra, porque mi soledad sería digna! ¡Monstruo: los gusanos tendrán asco de ti, y, sin embargo, ninguna carne mejor que la tuya puede deshacerse en gusanos! ¡Monstruo: todos los días, mientras tenga fuerzas para arrastrarme, vendré a escupir sobre tu tumba!».

Los que han presenciado aquella escena no la olvidarán nunca; puedo asegurarlo. El cura increpó a la que tan despiadadamente ultrajaba el reposo de la muerte; pero ninguna fuerza humana ni divina podía conmover aquel odio profundo, al que los años robustecían. Muchos aldeanos afirman que le vieron más de una vez lanzar la saliva de su desprecio sobre la tierra que ocultaba los restos del indiano.

El tiempo pasó sin hacer más que acrecentar la pobreza de Octavia. Olvidada de todos en aquella arruguita de tierra, era una aldeana más. Había envejecido prematuramente. Su hijo Luis (se llamaba Luis, como mi padre) era ya un mocetón, fornido, de veintitrés años, grave y trabajador, enérgico y silencioso. Su existencia era la de cualquier mozo del Concejo: trabajaba las tierras, cuidaba el ganado y, los domingos, vestía su traje de pana para ir a la iglesia o a las romerías. Es inútil decir que en el género de vida que llevaban, ni Octavia se había preocupado de procurarle una educación intelectual, ni él la echaba de menos. Todo eso que se dice de que el hijo de señores nace señor, es novelería, y el hijo de señores abandonado en una aldea no se diferencia después un ápice de los hijos de rudos labradores. Si Luis era más concentrado y reflexivo no se debía ciertamente sino a que el carácter de su madre había influido, en el trato diario, en que el suyo se desarrollase así.

Octavia amaba a su hijo, aunque sin exteriorizaciones cariñosas, sin envolverle en esa blanda ternura tan maternal. Muchas veces había sentido el impulso de prodigarle mimos, de retenerlo en su regazo y hablarle con esos acariciantes diminutivos de nuestro dialecto; pero se había contenido, porque el dolor había formado una costra muy dura sobre su corazón de mujer, y la ternura de madre no acertaba a romperla. Pero a medida que Luis creció y se hizo un hombre, Octavia halló más frecuentemente oasis de dulzura en su triste vivir, y aquellas mismas breves conversaciones que sostenían cerca del fuego cuando terminaban la labor del día, con no ser más que charlas vulgares o diálogos acerca de los pequeños asuntos de la casa, le producían cierto maravilloso e íntimo contentamiento.

Un día estuvo enferma, y como Luis se obstinase en velarla, ella se lo prohibió

con su acento, que la desgracia había hecho imperioso y duro. «Si te molesto, me iré; pero solamente si te molesto.» «Sí. Me molestas», afirmó ella.

Y el mozo se fue. Entonces ella experimentó un gran remordimiento y quiso llamarle; pero no supo cómo hacer, porque ya he dicho que la potencia de su bondad estaba como atrofiada. Sin embargo, cuando el hijo volvió, creyéndola dormida, ella calló, fingiendo que así era, y cuando sintió que la besaba en la frente experimentó la delicia de advertir que un sentimiento inefable empujaba unas lágrimas bajo sus párpados cerrados.

No es fácil la vida de los campesinos. Un año se perdieron las cosechas. Fue preciso buscar dinero. El cacique del Concejo lo prestó con la garantía de la casa. Al año siguiente, las cosechas se perdieron también. Octavia vio suspensa sobre ella una nueva y terrible amenaza. Cuando la conminaron para que pagase su deuda, dijo a Luis: «Nada me importa, porque la misma vida no me importa, y tú, que eres hombre, a cualquier sitio puedes ir; pero la pérdida de esta casa, que fue de mis padres, será para mí un sufrimiento demasiado grande. Ya no sabré estar entre otras paredes. Y habrá que venderla o nos embargarán. Debemos ochocientas pesetas. ¿De dónde sacar ochocientas pesetas? Nada más que esto poseemos; el cacique no espera, y la tierra parece que se ha cansado de darnos su mendrugo de pan».

Luis nada dijo; nada podía decir. Octavia tornose melancólica, más taciturna.

El cacique era un viejo despiadado, robusto aún en su ancianidad, que tenía en el distrito un poder heredado ya de sus antepasados. Y esta dinastía se prolongaba en su hijo, un joven fatuo y vicioso, intemperante e irascible, de una violencia exacerbada por la seguridad de quedar impune. Más de una vez, como pudiera proceder un antiguo señor feudal con sus siervos, había corrido a latigazos delante de su caballo a tal o cual mozo de las aldeas. Esto había avivado los odios. Los hombres, que sufrían sin protestar exacciones que eran indignantes despojos, advertían el ansia de vengar la injuria hecha a su condición de varones. Hubo algunos chispazos de rebelión todavía acobardada y vacilante. Fueron cortados algunos frutales en la huerta del cacique. Fue apedreado su balcón. Un día, el cacique hizo levantar un hórreo sobre un camino vecinal, que casi quedó interceptado, o, por lo menos, inservible para el paso de los carros de los labriegos. El hórreo fue incendiado. Volvió a construirlo y alguien voló con cartuchos de mina las pilastras que lo sostenían.

Poco después (era un domingo) los mozos estaban reunidos en el campo de la feria ante la taberna (tienda de comestibles, de ropas, de útiles de labranza y taberna a la vez) del lugar.

El señorín, el hijo del cacique, llegó, ató su caballo a una argolla del quicio y pidió de beber. Pero, sin probar la copa, avanzó, revólver en mano, hacia el grupo de los campesinos. «Esto se tiene que acabar —gritó—. ¿Quién fue el bandido que voló el hórreo?».

Hubo un silencio unánime. «Ya sé que el miedo no os deja hablar; pero yo he de saber quién fue el canalla y ha de acordarse de mí. Daría mil pesetas por tenerlo

delante, para que supiese quién era el hijo de mi padre».

El silencio perduró; la voz de Luis sonó inesperadamente, tuteando, contra todo uso, al señorín, pero calmosa y tranquila: «¿Cuánto darías?». «Mil pesetas». «Enséñalas». «¿Vas a decirme tú quién fue?». «Puede ser que te lo diga». «Juanón —mandó el señorín al tabernero—, trae mil pesetas por mi cuenta, para que las vea este mozo».

Entre la inmovilidad general, entre la atención casi dolorosa de los presentes, Luis cogió el billete, lo dobló, lo guardó en su chaqueta… y avanzó dos pasos hacia el señorín. «¡Fui yo!», dijo, sin que su voz temblara.

No tuvo tiempo de defenderse. Sonó un disparo y cayó. Todos huyeron.

La herida fue alarmante, pero no mortal. Tenía un hombro atravesado. Cuando quedaron solos madre e hijo, él la vio pálida, en pie junto al lecho, mirándole fijamente sin decir nada. Entonces el joven procuró sonreír. «Comprende, mamá… No debes reñirme… Esto fue más bien divertido… Pagaremos con su propio dinero… Mira si está aún el billete en mi chaqueta».

Octavia se acercó a él, más pálida aún, y mirándole tanto, tanto, como si fuese la primera vez que lo veía. Inclinose sobre el lecho y cogió blandamente la cabeza del herido entre sus manos: «Niño mío, niñito mío…, esto lo has hecho tú por mí, ¿verdad, criatura? Esto lo has hecho por tu madre, por tu pobre madre, que iba a quedarse sin casa; por una madre que no hizo nunca nada parecido por ti… ¡Hijo mío, santo hijo mío!…».

Y lloró todo lo que no había llorado en mucho tiempo: y a medida que lloraba iba sintiendo su alma más ligera y su corazón más bueno.

Al día siguiente fue a la iglesia. La gente que la veía pasar por las vereditas de los campos se extrañaba de que hubiese abandonado al hijo doliente. Pero ella tenía algo urgente que hacer. Sus zuecos se hundían en el lodo de los caminos, y esto hacía que su andar fuese blando y suave, como si pasease sobre alfombras mullidas o por ese luminoso y celeste camino de perfección que acerca a Dios Nuestro Señor las almas de los pecadores arrepentidos. Llevaba el mantón sobre la cabeza para protegerse de la llovizna, y en cada sutil pelillo del mantón se detenía y brillaba una gotita microscópica. Llegó al atrio y se arrodilló delante de la tumba del hombre que la había perdido. «Has hecho de mí —dijo en la misma voz con que se reza— una miserable aldeana: los que tenían mi sangre me abandonaron y renegaron de mí; pude haber sido feliz y sufrí mucho; amaba a un hombre que me amaba, e hiciste que su recuerdo fuese para mí el dolor más punzante. Conocí por tu culpa el deshonor, el desprecio, la soledad, el hambre, la amarga injusticia de un destino que no merecía, el trabajo rudo, el cáncer del odio que quema como un ácido el alma; la duda de que hubiese una divina bondad… Que Dios te perdone como yo ahora te perdono… Todo te lo perdono… y te bendigo por haberme hecho la madre de mi hijo».

Y rezó hasta que las gotitas que quedaron presas en los pelillos del mantón fueron tantas, que toda ella parecía brillar, como si llevase el manto de la Virgen…

Cuando doña Andrea dio fin a la historia, Susana hizo un fuerte ruido de dedales y de calderilla, buscando en su faltriquera el pañuelo con que enjugar sus lágrimas. En cuanto al huésped, hundió la nariz y casi media cara en la taza de café, como para apurar el último sorbo, y después tosió, como si algo le estorbase en la garganta, y no dijo nada.

V

La familia Gomar, como un carromato por una carretera sembrada de baches, fue dando tumbos y trompicones por la vida. Al igual que los huéspedes en las alcobas, las preocupaciones se sucedían en el espíritu de Virgilio y Susana. El hijo mayor fue llamado para batirse en Marruecos, y fue éste uno de los períodos de mayor tribulación en el hogar de aquellas pobres gentes. Por tales días acudió a alquilar una de las estancias una dama de porte distinguido, y como en el transcurso de la conversación con ella se enterase Susana de que también tenía un hijo sirviendo en África, su simpatía la llevó a ceder en el regateo que ambas sostenían, y la señora quedó instalada en el cuarto que dos lustros atrás había ocupado doña Andrea.

Frecuentemente, Susana la hacía depositaria de sus angustias y de sus esperanzas, leían juntas las noticias que los diarios publicaban acerca de la guerra y las cartas que de sus hijos recibían. Pero el tono de sus frases era distinto. Susana lo consideraba todo a través de su condición de madre. África, no sólo Marruecos, sino todo el continente, no era para ella más que un lugar donde estaba su hijo; la guerra era un mal que amenazaba a su hijo; las bajas del enemigo representaban una eliminación de cierto número de fusiles entre todos los que podían apuntar a su hijo; agradecía el envío de refuerzos como si sólo fueran a proteger a su hijo, y deseaba que aquello terminase pronto para que su hijo pudiese volver.

Doña Irene, la dama del gabinete con alcoba, no tenía esta simplísima idea de la lucha. Su interés no se reducía a los partes oficiales, sino que alcanzaba, y acaso preferentemente, a los comentarios profundos, a los discursos de los políticos y a los artículos de los periódicos que estudiaban *el problema marroquí*. Había intentado vanamente explicar a Susana el pacto de Algeciras y la necesidad de que dominásemos la parte sur del Estrecho. Susana asentía sin entusiasmo:

—Sí, sí. Cuando usted lo dice, así será. Pero esta guerra, esta maldita guerra… Con tal que no le pase nada a mi Enrique…

Una tarde en que sus quejas fueron amargas, doña Irene la increpó.

—No debemos hablar así. ¿Es que se puede tolerar que alguien ultraje nuestra patria?

—No… Claro que no —convino la humilde mujer, azarada.

—Pues los moros la han ultrajado. Y es preciso que se los castigue duramente, que se los extermine, si a ese precio queda rehabilitado nuestro honor.

—Eso; exterminarlos —apoyó Susana—, que no quede uno, para que se acabe de una vez esto de tener que enviar allá nuestros hijos.

Doña Irene trataba con una superioridad desdeñosa a su hospedera, y aun le molestaba la obstinada presencia de aquella mujercita que iba a sentarse a su gabinete y permanecía con las manos huesosas cruzadas sobre el vientre, pronunciando acerca del eterno tema de la guerra y de su hijo las mismas frases obsesionantes y sin espiritualidad. Muchas veces, la dama no le respondía, o le daba altivas

contestaciones; pero Susana nada advertía, porque se empeñaba en ver en doña Irene otra congoja igual a la suya, aunque pudiese disimularla mejor.

Una mañana supieron la muerte de Enrique. La infeliz madre cayó enferma. No fue la pérdida del hijo la que destrozó su corazón, sino los horribles detalles con que en su imaginación la acompañaba. Veía al soldadito bañado en sangre, arrastrándose por el suelo, queriendo huir de sus asesinos, aterrado, entre balas y caballos que pasaban pisoteándole, y un estruendo ensordecedor. Lo veía agonizar sobre la tierra encharcada, sin que nadie se inclinase hacia él para consolarle; gemir entre los demás heridos que también gemían; llorar por verse así condenado a entregar su vida en un suelo extraño, lejos de toda piedad… Ni un solo momento entre las mil enloquecidas imágenes que el dolor y la fiebre sugirieron a la mujer se complació ésta en suponer a su hijo en actitudes heroicas. Jamás se lo representó como un guerrero que sucumbe en una noble lucha, sino como un niño al que un injusto rigor sacrifica. No pensó que hubiese podido gritar al caer herido: «¡Viva España!», ni «¡Viva el rey!». Pero oía incesantemente su voz quejumbrosa balbucir, entre el hipo de la agonía: «¡Mamá, mamá!».

—¡Pobre hijo —lloraba—, al que no he podido cerrar los ojos, en los que debió de haber quedado el horror de toda aquella carnicería! ¿Qué has hecho tú para morir de esa muerte? ¿Para qué fueron todos mis sacrificios y mis cuidados?

Doña Irene no oía estas quejas de tan triste vulgaridad. Sólo una vez entró en la alcoba de la enferma. Entonces dijo:

—Valor, amiga mía. Ha sido una gran desgracia; pero también una honrosa desgracia; un dolor envidiable. Ha dado usted a la patria un hijo que supo morir gloriosamente.

Susana no la oyó; no oía a nadie; únicamente aquella voz que sonaba dentro de ella, llamando: «¡Mamá, mamá!».

VI

Virgilio hizo girar la llave de la luz; sonó un pequeño grito de sorpresa, y Juana, la hija mayor de Gomar, se detuvo en mitad del pasillo, por el que avanzaba cautelosamente.

—¿Adónde vas? —preguntó el padre con una voz ronca y extraña.

Ella no contestó.

El nocturno silencio de la casa se hizo más gigantesco y solemne. Virgilio avanzó hacia la joven.

—¡Eres una mala hija…, una mala hija!

La empujó hacia la alcoba y cerró la puerta tras ellos.

—¿Adónde ibas?… No grites. Es preciso que nadie se entere de esto, ni aun tu pobre madre, que moriría de vergüenza y de pena. Te ibas a escapar con ese hombre, ¿verdad? Ese hombre es para ti más que todo en el mundo; más que tu familia, más que tu honor, más que tu propia felicidad, porque tú nunca podrías ser feliz con él; te lo he dicho mil veces. Esta noche, cuando besaste a todos tus hermanos, comprendí que era hoy cuando habías decidido marchar. Seguramente él te espera. ¿Dónde está? Necesito que me digas dónde está.

Juana, oculto el rostro entre las manos, continuó callada. Virgilio se inclinó sobre ella, mordiendo con rabia sus propias palabras.

—¿Has oído?… ¿Dónde está?

Su puño se alzó, pero no llegó a descargar el golpe. Se puso a pasear por la estrecha habitación, desahogando su dolor y su ira en una hirviente catilinaria.

—¡Mala hija!… ¡Sacrifíquese usted para esto; mímelos y atiéndalos como si cada uno de ellos fuese su propia vida…, más que su propia vida…; pase días de trabajo y noches de preocupación, para que se escapen con el primer señoritingo que les haga una seña, y no vacilen en despreciar el nombre que llevan y el cariño que se les ha consagrado! ¡Mala hija! Y no has pensado en mí, que soy ya un viejo; ni en tu madre, que no volverá a tener un instante feliz; ni en tus hermanas menores, a las que dejabas un ejemplo abominable… ¿Cómo pudiste cegar hasta tal punto? Una buena hija no desobedece nunca a sus padres en estas cuestiones. ¿Quién sino yo sabe lo que te conviene? Y yo te he dicho: ese hombre no debe ser tu marido, ni tu novio, ni aun tu amigo. ¿Y cuál es la respuesta de la hija mimada, de la hija en la que uno ha depositado su orgullo y su esperanza? La respuesta es que esta hija hace su hatillo e intenta marcharse cautelosamente, como un ladrón… ¡Desgraciada, desgraciada!…

Continuó largo tiempo sus imprecaciones. Al fin, en una transición brusca, lleno de piedad, conmovido por su propio dolor y por el visible dolor de su hija, fue hacia ella, le apartó las manos de la cara y la miró tristemente en los ojos, anegados en lágrimas.

—¡Di que estás arrepentida! ¡Di que no volverás a intentarlo jamás!

Ella le miró también.

—No, padre, no estoy arrepentida. No quiero engañarte otra vez. Sé todo lo que te debo, y os tengo a ti y a mi madre tanto cariño como la hija más tierna del mundo. Sé todo lo que os debo; pero la misma vida que me disteis me pesará si me apartáis de ese hombre. Me iba a marchar con él… Sabía todo el profundo dolor que os causaría, y, sin embargo…, me iba a marchar. Porque él es más dueño de mí que yo misma; porque le quiero como se quiere a un hombre… Cuando se quiere a un hombre, la mayor crueldad, la mayor sinrazón que se cometa por su causa queda justificada diciéndose una a sí misma, en el secreto del corazón: «le quiero». Esto es todo. Piensa una: «le quiero», y se advierte fortificada y absuelta. Yo me reprochaba cuando preparé mi huida todo eso que me has reprochado tú y muchos males más. «Sufrirán tus padres —me recriminaba—; te odiarán tus hermanos; te despreciarán las gentes; acaso él sea, como aseguran, un hombre frívolo, un vulgar seductor». Pero me contestaba: «Es posible; pero… le quiero, y no sabría vivir sin él». Padre mío, yo creo que él es bueno; yo sé que él es bueno. Deja que nos queramos y nada haré que pueda produciros disgusto, y seré tan dichosa, que sólo de verme, vosotros, que me amáis tanto, seréis dichosos también.

—Es imposible, Juana.

—Escucha, padre mío. Yo ahora me doblegaré a vuestra voluntad. Romperé con ese hombre; no me apartaré de vuestro lado; no le volveré a ver… A nadie más querré en el mundo con cariño de mujer. Tú crees que sí, porque te parece que mi juventud y tus consejos… Pero yo sé ciertamente que no. Tu misma autoridad, que bastaba para alejarme de un hombre, no podrá aproximarme a otro. Pasará el tiempo, y yo seguiré a vuestro lado, con la tristeza de este renunciamiento dentro de mí. Pasará más tiempo aún. Yo seré vieja, y acaso vosotros hayáis muerto. Entonces estaré sola y amargada, y todos los días pensaré: «No fue el sacrificio de un amor; fue el sacrificio de mi vida el que me impusieron mis padres; ellos me dieron esa vida, pero ¿qué es la vida para mí?». Piensa, padre mío, que quizá llegue a encontrar cruel que me hayáis traído a este mundo. Deja que nos casemos…

—Serás infeliz…

—Si soy dichosa un año, un mes, a su lado, bastará para que mi destino sea mejor que el que me impone tu intransigencia.

Virgilio se alzó, ofendido.

—Es inútil… Preciso es que cumpla mis deberes de padre. Sé que te hago un bien.

Tornó a sus severas admoniciones; tornó a la pintura del sombrío porvenir de su hija ligada a aquel sujeto; habló de la maldición que persigue a quienes desobedecen los mandatos paternos, y ya, dulcemente, con una voz que iba siendo más conmovida y tierna, de la desolación que reinaría en aquella casa si la criatura graciosa, y bella, y buena, que era el encanto del hogar, lo abandonaba por un querer advenedizo, sin reparos de honestidad, como una aventurera…

—Tú no harás eso, ¿verdad que tú no harás eso?

La joven había vuelto a su mutismo. Gomar se arrodilló ante ella, le cogió suavemente las manos y las sujetó sobre sus grises cabellos.

—Por estas canas, hija mía. Te lo ruego por estas canas, que nos recuerdan que mi vida se acaba… Yo tampoco tuve nunca una gran felicidad… Júrame que no desobedecerás mi mandato.

Juana acarició, conmovida, a su padre.

—Lo juro… No volveré a intentar separarme de ti, como hoy quise hacerlo.

Cuando quedó sola, permaneció mucho tiempo debruzada en la cama, inmóvil, aniquilada por la consciencia de su renunciamiento. Después escribió dos largas cartas sobre la mesita que en un rincón de la estancia hacía a la vez servicio de tocador y de pupitre. Interrumpíase frecuentemente la doncella, porque las lágrimas cubrían sus ojos y deformaban las líneas que trazaba. Cerró los sobres; se irguió. Lentamente, con cautela extremadísima, abrió la puerta de su alcoba y escuchó. La casa entera semejaba haber desaparecido en el silencio y en la oscuridad. Descalza, caminando con sigilo, acercose a la habitación donde sus padres dormían. Dormían, o acaso estuviesen pensando en ella con los ojos abiertos en las densas sombras. Esta sospecha la mantuvo un momento inmovilizada, atenuando su aliento, esforzándose en oír el más leve rumor. Pero la mudez de la noche era profunda. La joven se arrodilló en el umbral del dormitorio. Cruzó sus manos. Rogó desde lo más íntimo de su alma, en un ruego sin voz, pero lleno de desesperación y de fervores: «¡Perdonadme! ¡Perdonadme!».

Cuando otra vez estuvo en su alcoba, colocó bien a la vista, sobre la mesa, las dos cartas; abrió un armario (antes se contempló largamente con tristeza en su largo espejo), rebuscó, llenó de agua una copa…

Los gemidos de Juana hicieron acudir a su madre. La encontró incorporada en el lecho, con las manos sobre el estómago, los ojos dilatados por el espanto. Llamaba con una voz extraña:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Y abrazándose a ella, como buscando amparo contra una terrible amenaza:

—¡No quiero morir! —sollozó, temblando de dolor y miedo.

—¡Hija mía! —exclamó Susana, alarmada también, aunque sin comprender lo ocurrido—. ¿Por qué vas a morir tú? ¿Qué pesadilla sufres?

—Si, sí; voy a morir —confesó la joven—. Me he envenenado.

El grito de la madre conmovió la casa. Acudió Virgilio, presuroso, a medio vestir, asaltado en las sombras del pasillo por una conjetura distinta a cada paso que daba. Se puso en conmoción la familia toda; intentáronse remedios caseros mientras no llegaba el doctor. Y sólo cuando éste afirmó que respondía de la existencia de Juana reapareció la quietud en la mansión, conmovida por el sobresalto mortal. Desde uno y otro lado del lecho de la joven, vieron Virgilio y Susana cómo iba sucumbiendo a una dulce necesidad de reposo, y, tranquilos ya, la triste mirada del anciano se cruzó con las tristes miradas de su mujer, y él murmuró con voz como un soplo:

—¡Estos hijos, Susana! ¡Estos hijos!

Verdaderamente, la truncada frase nada decía; pero Susana movió la cabeza, suspiró y enjugose una lágrima, como si su marido hubiese formulado una reflexión cuyo conmovedor sentido comprendiese ella totalmente.

VII

Diez años después, Virgilio y Susana salieron a aprovechar el sol de una tarde de primavera. Un tranvía los dejó en la Moncloa. Sentáronse en un pinar.

Virgilio recordó que era el mismo pinar en que había escuchado ciertos decisivos consejos de don Jacobo Olano. Todo su pasado revivió ante él. Quedose largo tiempo meditativo. Al fin, habló así a su mujer, más pequeñita y más arrugadita que nunca:

—Hemos llegado al final de nuestra vida, Susana; hemos creado una familia numerosa. Y, sin embargo, estamos solos. La nación nos llevó a un hijo a morir en la guerra: nuestra hija mayor prefirió el cariño de un hombre a nuestro cariño y se marchó con él: los demás seres a quienes hemos dado vida han ido separándose de nosotros, uno hoy, otro mañana, obligados por esa misma vida o impulsados por su voluntad. Ninguno asiste a los últimos días de nuestra vejez. A ninguno tampoco le sobra el dinero ni la felicidad. Yo pienso muchas veces en todo esto, y me pregunto si hemos hecho bien en traerlos al mundo y para qué los hemos traído al mundo, Susana.

Aquel hombre que fue mi amo decía que el ciudadano tiene el deber de enriquecer al Estado con sus hijos. Pero tengo bastante experiencia para no recomendar a nadie que procree hijos por espíritu de ciudadanía. Cuando un ciudadano oiga cualquiera de esas cariñosas excitaciones que el Estado le dirige para convencerle de su obligación de multiplicarse patrióticamente, debe meditar: «Yo tendría el mayor gusto en obedecer al Estado y en proporcionarle un servidor más. Pero antes quiero indagar qué clase de servidor podría yo ofrecerle. Veamos. Soy muy pobre; como escasamente; vivo en una habitación insana. En cuanto me case, mi digna esposa comerá tan mal como yo y se ahogará entre estas húmedas paredes. Me atrevo a jurar que el fruto de esta unión no sería, seguramente, un modelo de robustez. De niño, le saldrían costras en la cabeza; de mayorcito, estaría pálido, anémico, y en los días de lluvia le molestaría mucho el agua que entrase por sus botas destrozadas. ¿Qué vendría a ser este rapaz? Este rapaz aprendería a leer y escribir. Su madre y yo perfeccionaríamos su educación con esos consejos que a través de todas las generaciones dan los padres a sus hijos amados: “No metas los dedos en la nariz”, “No fumes”, “No martirices a los animales”. Es innegable que estas máximas guían suavemente a los hombres por el camino de la vida: pero no bastan para colocarlos en condiciones ventajosas de lucha. Así, como yo no tengo dinero, no podría dar a ese hijo una carrera universitaria ni una posición económica ventajosa. Acaso aprendería un oficio; pero su depauperación sería tan extrema, según deduzco de mi propia debilidad, que es posible que tuviese que abandonarlo. ¿Qué podría ser, pues? Quizá don Fulano, que es mi protector, le ofreciese una plaza de portero en una de sus casas. De esta manera yo vendría a ofrecer al Estado un portero. El Estado necesita porteros, como necesita generales y fabricantes, y abogados y médicos. Dentro del mecanismo social, un portero tiene tanta importancia como cualquier personaje. Sin embargo,

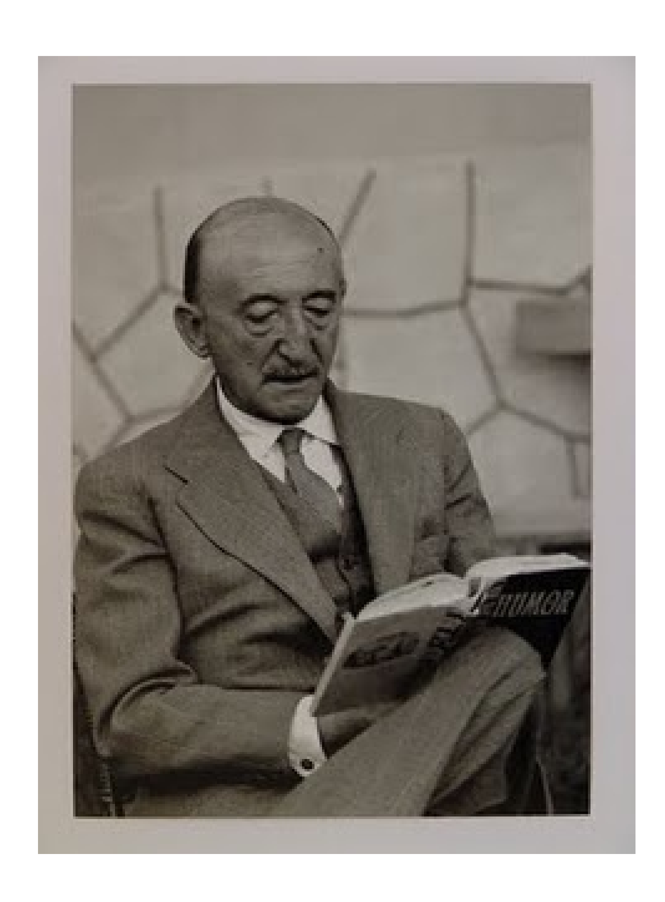
deseo pensar unos minutos en cuál iba a ser la existencia de ese hijo mío que aún no engendré. Ese hijo mío se tendría que levantar muy temprano, barrer las escaleras, limpiar los metales, luchar con los caprichos del ascensor, impedir que robasen las bombillas, cobrar los recibos y pasarse la vida en un cuartucho oscuro y estrecho. Ganaría por todo una miseria. Se aburriría terriblemente. Acaso le exigiesen que se dejase crecer las patillas… Me horroriza todo ese porvenir. Resuelvo que no me conviene tener un hijo. El Estado habrá de buscar otro portero para esa casa de mi protector. Yo no puedo procurárselo. Lo he pensado bien y… no es negocio».

Así debía meditar el ciudadano pobre, y no tendría por qué arrepentirse. La teoría de don Jacobo era estúpida; bien claro lo veo. Verdaderamente, el Estado tiene para nuestros hijos el mismo cariño que un horno para el carbón.

¿Te acuerdas de aquella historia que nos contó doña Andrea? Tampoco la paternidad está justificada por el auxilio o el amor que de nuestros retoños merecemos. He aquí nuestro caso. La vida dispersó a nuestros hijos, como un viento furioso, y en nuestro hogar no hay más que abandono y soledad. Las pasiones o la ambición los apartan casi siempre de los padres. Son frutos que regamos con nuestra sangre y cuidamos con nuestros desvelos, y que, en la madurez, no guardan para nosotros su dulcedumbre.

Pero yo te digo, pobre mujer mía: hay una gran alegría y una fuerza consoladora en la paternidad. Y yo sé cuál es, y a ella debo la calma de mis últimos años y el poder pensar serenamente en la muerte. Es la seguridad de sobrevivirse. Cuando mi cuerpo sea ya polvo impalpable, yo seguiré existiendo en mis hijos, y en mis nietos, y en mis bisnietos… Hoy mismo advierto mi existencia complicada y como diluida en la de ellos, así como un río que se repartiese en regatos. Con el que es marino, navego, y con el que fue soldado, luché. De las mujeres que los amaron me pareció recibir también una parte de castísimo amor, porque se lo tenían a mis hijos; y siempre, en la ventura como en la desgracia, asistí al maravilloso espectáculo de ver mi vida desdoblada en otras vidas y volverse en ellas poderosa y joven. Por eso es tan grande el dolor de ver morir a un hijo, y por eso nos parece tan monstruoso y absurdo, porque es como si muriese nuestra garantía de inmortalidad. No sé si el alma de todos los hombres sobrevive a ellos; las de los padres, sí; la llevan repartida sus hijos.

Bendita sea la familia que hemos creado, Susana; esta familia por lo que hemos sufrido y luchado, y que, al abandonarnos, ha dejado tan frío nuestro hogar, como si cada uno se hubiese llevado consigo un montoncito de sus ascuas. Bendita sea. Con todo lo que sé, con todo lo que he padecido, si volviese a ser joven, volvería a crearla otra vez.



WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ (La Coruña, 11 de febrero de 1885 - Madrid, 29 de abril de 1964). Fue un escritor, periodista y humorista español. Publicó unas cuarenta novelas y libros de relatos de humor, caracterizados éstos por un fino humor irónico de sesgo gallego a veces cercano a lo fantástico. Se muestra muy sensible al paisaje galaico que envuelve en un profundo lirismo. Muchas de sus novelas y relatos poseen contenidos simbólicos. No se muestra un innovador en cuanto a las formas y estructuras novelísticas, sino que sigue académicamente los modos de la narrativa tradicional.

Existen en él reminiscencias de Stendhal y de Eça de Queiroz, llegando a ser uno de los grandes conocedores y participando en el volumen que con motivo del 150 aniversario se prepara en Portugal y del que tradujo las más bellas páginas de Eça de Queiroz: «El primo Basilio», «El crimen del Padre Amaro», «L’Ilustre Casa de Ramires», «Los Maias», «La ciudad y las Sierras», «San Cristóbal», «Adán y Eva en el Paraíso», «Epistolario de Fadrique Mendes», «Mandarin». Su obra transmite un mensaje de escepticismo hacia un mundo que cambia sólo superficialmente y descuida valores espirituales y morales permanentes. Sus personajes son reales, como lo eran en el caso de Eça de Queiroz, y se mueven entre la frustración y el fracaso. Pese a lo subversivo, a veces, de su conservadurismo, gozó el autor de gran prestigio bajo el franquismo, publicando con regularidad artículos de prensa, a veces críticos contra el gobierno de Franco, cómo por ejemplo la serie en la revista Semana sobre el cine en favor del Cine español y en contra del cine Americano que el gobierno tenía que importar por los acuerdos con USA. Gozó de amplia protección oficial y la

Editorial Aguilar publicó una bella edición de sus Obras Completas (Colección Joya).